

RESEÑA DE JORNADAS

Tertulia peatonal en el Microcentro



VI Jornada «Lacan en IPA: Las intervenciones del analista»

BEATRIZ PEREIRA¹

Recién llegada de la sexta jornada de Lacan en IPA, realizada en Buenos Aires en la sede de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (Apdeba) los días 31 de mayo y 1.º de junio de 2013, rondan y resuenan en mí las palabras de colegas de distintas procedencias a pocas horas de escuchadas, de colegas de distintas asociaciones que pertenecen a la IPA y de un grupo que no pertenece, Testimonios. Colegas procedentes de diferentes países, Argentina, Brasil, Colombia, Paraguay, Uruguay... Y quedé con afán de contar de la experiencia vivida.

UNA PRODUCCIÓN COLECTIVA: LA COLECTIVERA Y EL COLECTIVO 59

Y colectivera, me encontré en una esquina con Juan Carlos Capo² esperando un colectivo que lo llevara a Belgrano, a la calle Maure, sede en la cual se llevó a cabo la jornada.

1 Egresada del Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay
bepereira@adinet.com.uy

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. jccapo@netgate.com.uy

Y se dio entre nosotros el siguiente diálogo:

Juan C. Capo (JCC) —Con el telón de fondo de la enseñanza de Lacan, ¿estamos de acuerdo?

Beatriz Pereira (BP) —Sí, pero de diversas maneras. Me pescó sorprendida...

JCC —A mí también...

BP —La lectura, la discusión en talleres, en pequeños grupos, en plenarios dio lugar a que se abrieran avenidas conceptuales, transferencias múltiples. Era un vaivén, un bascular, como oí que se dijo, se dio un vaivén constante entre clínica, teoría, lenguaje, sentidos y sinsentidos, bajo la consigna «Las intervenciones del analista».

JCC —Eso, eso, lo de las avenidas conceptuales. Está bueno.

BP —Sabes que me brotan las ganas de escribir unas líneas compartidas... Una producción colectiva... Pero... ¿cómo?

JCC —No me preguntes a mí, ¡que no pude ni siquiera tomar el colectivo 59 para ir a la calle Maure!

BP —No seas holgazán. ¡Yo he ido caminando a la calle Maure!

JCC —Mirá, Beatriz, eso es muy meritorio, sos una peatona ejemplar. A pesar del impulso de cada uno de «cortarse solo», tomando la «corazonada colectivera» aparece tu propuesta: «Pensemos juntos, hablemos juntos, escribamos juntos...». Lacan critica el uso del «nosotros», caro a Hegel.

BP —Disculpa que te interrumpa. Apdeba queda en Belgrano... ¿en Las Cañitas?

JCC —Te cuento todo. El colectivo 59 nunca se materializó en lo real, nunca fue tomado por mí, te aclaro. No sé qué pasará hoy, ahora. Pero fue referencia mitológica ante la desesperación de encontrar un taxi y el temor de que el tachero me «piolara», como dicen. Eso quiere decir que me hiciera el viaje largo, y eso me costara más de lo previsto.

BP —Pero lo que te pregunté...

JCC —Sí, la calle Maure es lejos de acá, lejos del Microcentro. Y es en Belgrano, creo que está bien decir que está en Las Cañitas, un lugar de comida y bebida, locales uno al lado del otro. ¡Pensar que por ahí nació y vivió Borges!

- BP —A ti te lo puedo decir. El paisaje de Buenos Aires me dio a pensar en la esquizia del ojo y la mirada, y en cómo Lacan plantea que el sujeto es mirado, es literalmente «engullido» por el paisaje. Entonces, en medio de la ciudad levantada, como está ahora por el desaguisado que aparentemente están haciendo en la 9 de Julio, uno se siente arrebatado por los edificios altísimos, esos rascacielos que hacen el paisaje urbano y la multitud de vehículos como ruedas amenazantes.
- JCC —Yo, en más de una febril recorrida o laboriosa caminata (breve), me sentía un insecto, una larva, un sapo a punto de ser aplastado.
- BP —Y aparte de esa fenomenología individualista de la ciudad que tienes, ¿qué piensas de esta Jornada?
- JCC —Parece una ironía sangrienta...
- BP —Pero ¿qué dices?
- JCC —Sí, una ironía sangrienta de la historia. (No acostumbro acudir mucho a la historia. No quisiera que me tomaran por historiador.) Pero fijate que desprendido Lacan de IPA como se desprende un trozo de tejido sobrante de un cuerpo, surja un intento que ya lleva cinco o seis años...
- BP —¡Eso!
- JCC —... en que varios han, hemos, intentado reintegrar (horrible palabra) ese nombre, Lacan, a la mansión de donde fue excluido.
- BP —¿Y?
- JCC —Parece una tarea insana. Eso me parece, Beatriz. Y, sin embargo, hubo un grupo que emprendió con entusiasmo, casi diría con alegría, lo que puede ser testimonio de una soberana equivocación.
- BP —Me interesa lo que planteas... Pero ¿por qué sería una «equivocación» retomar la enseñanza de Lacan dentro de IPA? Quizás no se trate de un «reintegro» (seguramente imposible), pero sí del reconocimiento de su valor para el trabajo analítico... También me pregunto de qué historia estamos hablando... ¿La historia del psicoanálisis, entramada con la de las instituciones y, por lo tanto, con las afiliaciones y «excomuniones»? ¿La historia de nuestros deseos y frustraciones? ¿La historia de las luchas de poder que muchas veces se muestran como enfrentamientos «ideológicos» o «teóricos»?
- JCC —Tus palabras suenan muy edificantes. Repetís «historia», «historia», «historia», y sí, deseos y frustraciones se entiende, luchas de poder,

enfrentamientos ideológicos o teóricos... Me suena a cosa muy sobada. Háblame de otras cosas, Beatriz.

BP —Hay otros matices, sí. La experiencia de las calles de Buenos Aires. Estaba dispuesta a huir del centro porque a mí también me abruma el tránsito y las torres. Me alojé en una casa en un raro engendro llamado Palermo Hollywood, que de día es un viejo y tranquilo espacio del barrio Palermo y de noche se llena de gente, sobre todo jóvenes, que van de un boliche a otro, con música, tragos, comidas de todo tipo... Pero muy pacífico, amigable te diría. Lo hollywoodense es que hay toda una movida artística y bohemia, e incluso en cierta medida mediática, ya que hay algunos estudios de televisión en la zona. Lo que más me gustó fue andar sola, vagando por una gran ciudad. ¡Y después me fui a la calle Maure caminando!

JCC —La actividad se abrió con la exhibición de un film, recordarás. El film de Gérard Miller no me gustó. Me pareció hagiográfico, digitado por la familia Miller. Judith Miller, la hija de Lacan, mostraba el escritorio de Lacan como si fuera un remedo de un museo de Freud. Lacan no habría querido eso. En el film había una entrevistada que resultaba abrumadora en elogios a Lacan. Hubo sí una escena en que otra analizante, alemana, que fue cautiva de la Gestapo, cuenta que Lacan se incorporó, acarició su cara y pronunció las palabras «geste à peau». Fue un fragmento bastante comentado posteriormente.

BP —El Cartel de APU trajo material...

JCC —El material que presentó el Cartel de APU (me corresponden las generales de la ley) fue sobre el pivoteo establecido de modo forzado, promovido, entre transferencia imaginaria y transferencia simbólica. Se había trabajado bastante yendo del seminario «La relación de objeto» al seminario «La angustia». Así, cuando se dice que se sostiene o se trabaja en transferencia, un sendero por abrir es si se refiere a sostener la transferencia imaginaria, lo que la emparenta con la promoción de la relación dual, tomando como base la imagen especular, y refiriéndose a episodios que tuvieron lugar en tiempo pasado. Así, una historia de padre o madre del analizante puede ser trasladada y superpuesta a la relación con el analista. El Cartel, basándose en los seminarios nombrados de Lacan y en el libro de Jean Allouch *La sombra de tu*

perro, llevó una posición más bien contraria a este punto de vista. El fundamento es plantear la conveniencia de no comunicar al analizante las reminiscencias despertadas en el inconsciente del analista.

BP —Sí, fue un planteo que habría ameritado una discusión a fondo, que no se dio, y que podríamos retomar en APU en próximos encuentros, o fuera de APU. Algo que captó mucho la atención y «levantó polvareda» fue la expresión usada por un colega «nosotros los lacanianos», ¡se sintió a continuación un inquieto murmullo!

JCC —No me sentí representado por esa expresión del colega cordobés. Me pareció que desnaturalizaba el espíritu de la reunión. Conformábamos una heterogeneidad que no reclamaba, y espero que no reclame tampoco en el futuro, ninguna pertenencia identitaria. Con esa frase parecía aludirse a una apelación a una masa, a un espíritu de grupo identificado con el ideal de profesión de fe lacaniana. ¡Ahí está el Ideal! Hubo otros que expresaron su desacuerdo en términos parecidos.

BP —Sí, muy polémica la expresión «nosotros los lacanianos». Me pregunto: ¿existen «psicoanalistas lacanianos»? Me gustó el aporte de Marcelo Toyos, «Psicoanalistas intervenidos por Lacan», la «intervención» al modo del artista sobre el objeto soporte de su práctica creativa. «Y así asistimos hoy a sus intervenciones en el espacio público, en los objetos de la vida cotidiana y hasta en los símbolos más “sagrados” de una comunidad.» Entonces nosotros como psicoanalistas «intervenidos por Lacan» podemos a su vez intervenir el discurso analítico con otra posición, con otras herramientas teóricas que pueden abrir puertas cerradas hasta ahora.

JCC —¿Cómo viviste el taller clínico con el grupo Testimonios?

BP —Te cuento...

JCC —Esperá, disculpame. Ese taller me dio la oportunidad de cuestionar el complejo de Edipo... Creo que hasta usé, no recuerdo cuándo, pero fue en ese taller, el proyecto de escribir sobre «deconstrucción del complejo de Edipo». Ya había cuestionado con anterioridad, en ocasión de otro congreso, a gente que se definía como lacaniana pero seguía manejándose con el complejo de Edipo. Desde muy temprano Lacan habla de mito de Edipo, no de complejo, que se acerca más a cliché, esa construcción arquetípica a la que echan mano inmediatamente

los discursos psicológicos. Roudinesco habla de una «psicología de mostrador».

BP —Sí, que yo recuerde, Lacan solo habla de complejo de Edipo en el libro *La familia*, y luego lo abandona, como tú dices...

JCC —No tan pronto lo abandona, Beatriz. Pero va a privilegiar la palabra *mito* que no *complejo*.

BP —Era un concepto manejado en esa época por Freud junto con el de *imago*, tomado de Jung...

En cuanto al taller clínico, que me preguntabas, en general son instancias en las que me ubico en el registro de la ficcionalidad. Lo tomo como una especie de ejercicio con un valor relativo. En ese taller en particular se logró un nivel de espontaneidad importante, sin el acartonamiento o exceso de teorización que suele darse en otras situaciones parecidas.

JCC —¿Cómo pasaste en otras actividades?

BP —Sabes que en un taller teórico nominado «El agente y el cómo» (siempre con relación al eje central «Intervenciones») se citó a Lacan en el seminario «De un discurso que no fuera del semblante» (1971). Allí habla de «litoralizar»...

JCC —¿En qué consiste?

BP —En rodear de palabras, en no dar sentidos, tratando de no abusar del lenguaje. En no desconocer lo inabarcable del goce, en el sentido de lo real.

JCC —Te sigo en eso. Cuando uno profiere palabras, escucha su voz, ahí hay goce, en lo que se habla, en lo que se escucha, de lo que uno dice ante todo, de lo que le contestan también, sin duda.

BP —Dando otra vuelta por Buenos Aires, si estas inconvincentes y erráticas líneas se publicaran, habría que adosarles «La fundación mitológica de Buenos Aires», el poema de Borges...

JCC —Escribió en ese poema: «Irían a los tumbos los barquitos pintados / entre los camalotes de la corriente zaina». Sí, Beatriz. Es muy cierto lo que decís.

En un libro que compré en El Ateneo, llamado *La red austral*, pude enganchar, muy deprisa, una entrevista que le hizo la escritora María Rosa Oliver a Antoine de Saint-Exupéry, el autor de *El Principito*...

BP —Sí, él era piloto de guerra, transportaba el correo en un monoplaza en audaces vuelos, y escribía.

JCC —Bueno. Él le confesó a la periodista y escritora que no soportaba la vista de los rascacielos de Buenos Aires, que no toleraba verlos, que de seguro miedo le daban. Y junto con esta transcripción aparece la descripción de Borges sobre la ciudad, sobre la barriada de Belgrano, donde él vivía, por donde es la sede de Apdeba hoy, donde los edificios eran bajos y era todo campo y charcos y tapias de color rosado, donde Borges miraba detrás de las verjas de su casa, en aquel desierto poco más allá del cual estaba la pampa, y veía pasar a aquellos hombres llamados *cuchilleros*, o, como le dijo un periodista español, «navajeros» (Borges aceptó este término), que debían más de una muerte.

BP —Nosotros acá en la calle, esperando el colectivo... ¿No es extraño? Si no hubiera sido por este evento... IPA sigue siendo para mí un lugar desconocido y ajeno... Y Lacan sigue siendo enigmático. ¿Qué quieres que te diga?

JCC —Me parece bien lo que decís, me parece bien que lo digas. Y APU e IPA vienen de la mano, ¿no? Es bastante difícil en APU inclinarse por un interés lacaniano, mostrarse, mostrarlo. No sé, a veces me parece que es como mezclar el agua y el aceite.

BP —Pero en APU hay lugares donde trabajar y siempre queda algo en el tamiz. Interesa el debate, hacer llegar ideas, escuchar, hacer planteos críticos... Yo tampoco suelo mentar demasiado la historia...

JCC —No te creas, no te creas...

BP —... pero en mis vagabundeos lectores me encontré con algo que dijo José Pedro Barrán al final de su vida, cuando le otorgaron el Gran Premio Nacional a la Labor Intelectual. Resulta que venía conversando con un grupo de amigos, sabiendo que eran sus últimos días de vida. Evocaba una vieja película, *Lo que no fue*, y dijo: «La historia es también la historia de *lo que no fue*».

JCC —¿No te dije? ¡La historia otra vez!

BP —... A propósito de esto dice Daniel Gil: «lo-que-no-fue, que no es, ni será, *preña* nuestro pasado, nuestro presente, nuestro futuro, y *da a luz* pensamientos, sentimientos, actos, gestos, conductas, obras...». Lacan no fue en IPA, pero tanto lo que fue como lo que no fue...

JCC —¡Estás metafísica, Beatriz!

BP —¡Déjame terminar la frase!... Lacan nos atraviesa inevitablemente como analistas, afines o no a su enseñanza.

JCC —Ahí viene el real, Beatriz, ahí viene el colectivo 59. ¡Vámonos para Belgrano!

BP —¡Vamos, vamos! ♦